



La Puerta del Sol, esquina con Montera, hacia 1857

BNE

Casi sin darnos cuenta hemos viajado hasta mediados del siglo XIX, a un Madrid muy distinto que apenas logramos identificar. Nos asomamos a la ventana del anacronópete y lo primero que vemos es un lugar irreconocible que, paradójicamente, conocemos muy bien: la Puerta del Sol. A través de esa mirilla al pasado podemos observar algunos de los edificios que se encontraban en la esquina con Montera, junto al comienzo de la calle de Alcalá, y el solar donde estuvo ubicada la antigua iglesia del Buen Suceso. Poco queda ya de aquella iglesia, aunque durante las obras de ampliación del Cercanías, en el año 2006, se hallaron algunos restos del templo desaparecido y desde entonces se pueden ver al cruzar los tornos del tren en la estación de Sol.

Desde aquí cuesta reconocer una de las plazas más emblemáticas de Madrid. Hay que tener en cuenta que hoy en día la Puerta del Sol es un lugar diáfano y prácticamente simétrico, pero hasta 1850



Panorámica de la Puerta del Sol en 1857

Charles Clifford, Museo Municipal de Madrid

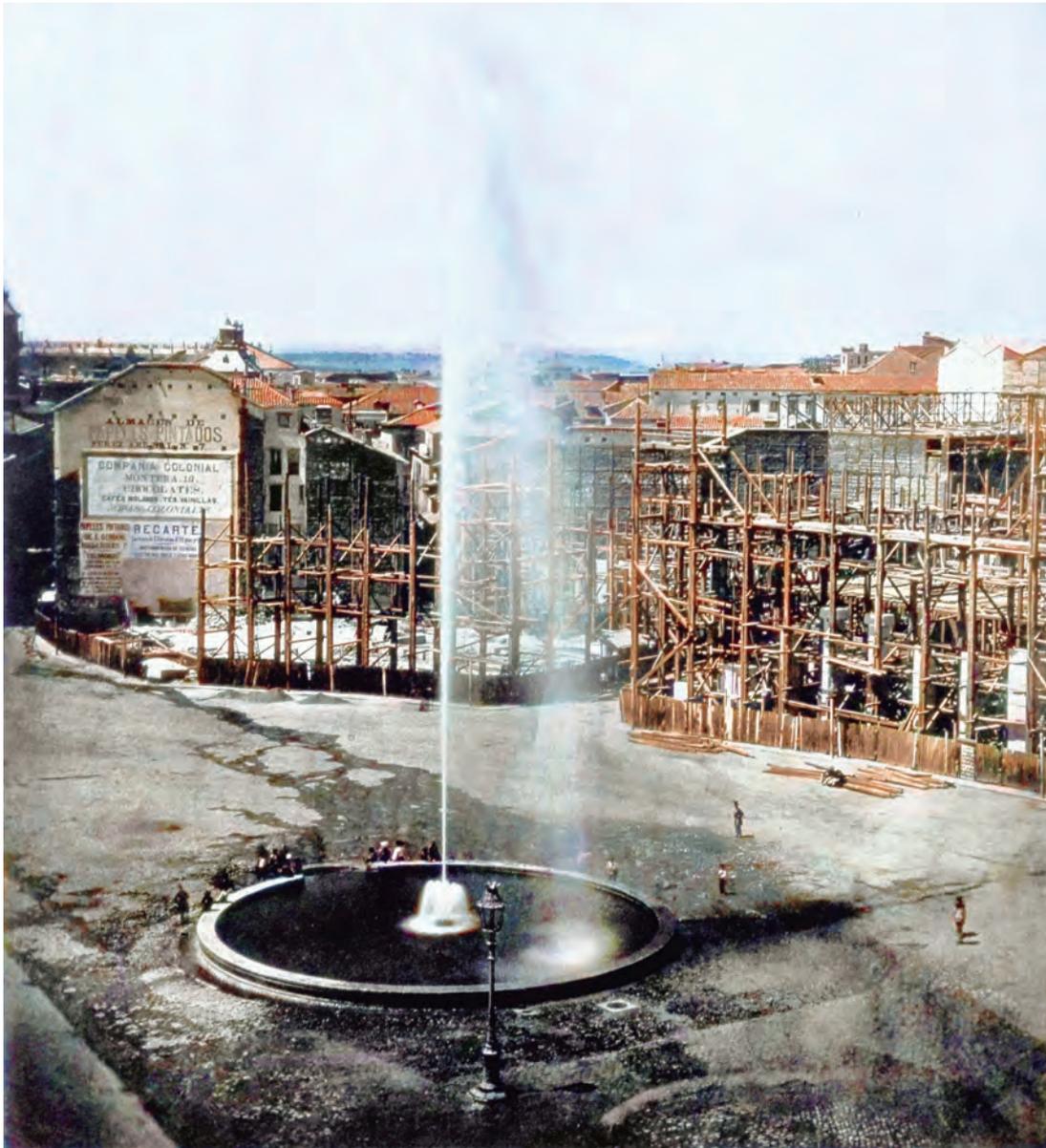
era, más que una plaza, una confluencia de calles. Un lugar donde el abigarrado caserío había ido haciéndose hueco a lo largo de los siglos, extendiéndose por las zonas aledañas a la iglesia del Buen Suceso y a la Real Casa de Correos de forma irregular y desordenada.

Durante la segunda mitad del siglo XIX, se acometió una importante reforma que cambió para siempre la fisonomía de la plaza. Y como si de un guiño urbanístico al nombre del lugar se tratara, la forma elegida entonces para la nueva plaza se podría asemejar, vista desde arriba, a la silueta de un sol naciente del que partirían los rayos, que son las calles. Hacia 1854 comenzó el derribo de la iglesia del Buen Suceso, cuyo entorno había sido lugar de reunión de multitudes desde

finales del siglo XVI. Con las obras, también desaparecieron algunas calles y otras sufrieron cambios drásticos en su recorrido.

Uno de los pocos edificios que conformaban la antigua plaza y que sobrevivió a la reforma fue el de la Real Casa de Correos (1768), desde donde pudo obtenerse esta panorámica. A mediados del siglo XIX, antes de la reforma, la Puerta del Sol lucía este aspecto tan irreconocible. No es fácil ubicarse en el trazado actual de la plaza, pero, para que podamos hacernos una composición de lugar aproximada, cabría señalar que las calles que vemos son —de izquierda a derecha— las calles de Preciados, Carmen y Montera. Nos encontramos en la Real Casa de Correos, en algún punto cercano al comienzo de Pre-

ciados, cuyo arranque por aquel entonces se encontraba más cerca del edificio de Correos que en la actualidad. Las pistas para poder ubicarse mejor podrían ser la iglesia del Carmen, que sobresale en el centro, y la de San Luis Obispo, en la calle Montera. También se puede apreciar un nutrido grupo de gente que se arremolina en un edificio medio derruido. Allí se encontraba el despacho de billetes para los toros y parece ser que el local continuó prestando servicio a pesar de que los derribos ya habían comenzado. Al fondo de la calle Montera, en la antigua Red de San Luis, estaba la fuente de los Galápagos, situada hoy en el Retiro. En 1860 se instaló en el centro de la plaza otra fuente, cuyo surtidor propulsaba el agua por encima de los treinta metros de altura.



La fuente de la Puerta
del Sol en 1861

Kaulak

El Puente de los
Franceses hacia
1861, durante su
construcción

Charles Clifford



Además de la reforma general de la Puerta del Sol, durante el siglo XIX se acometieron en Madrid otras obras de gran calado y, por primera vez en la historia, todo aquello pudo ser documentado gráficamente gracias a la aparición de la técnica fotográfica. En aquellos años se construyeron edificios e infraestructuras tan importantes como el Canal de Isabel II, con sus impresionantes fuentes; el puente de los Franceses, que debe su nombre a los

ingenieros franceses que lo diseñaron y que aquí aparecen retratados junto a él; o el edificio del Banco de España. Situado relativamente cerca de la antigua estación del Norte (Príncipe Pío), el puente de los Franceses fue pensado para unir la línea férrea del Norte (Madrid-Venta de Baños-Irún). Durante los primeros meses de la Guerra Civil este viaducto ferroviario fue escenario de cruentos combates y su defensa inspiró una copla que se hizo muy popular en el bando

republicano. Aquella coplilla era una adaptación de *Los cuatro muleros*, una canción popular que recuperó Federico García Lorca para su *Colección de canciones populares españolas*, grabaciones en las que el poeta tocaba el piano mientras que Encarnación López, la Argentinita, ponía la voz.



El Banco de España a finales del siglo XIX

Jean Laurent, Archivo Ruiz Vernacci, IPCE

En el lugar donde hoy se encuentra el Banco de España hubo un palacio, y en él ocurrió algo que instauró una tradición navideña. La responsable de todo esto sería una princesa rusa, que había pasado su infancia en París, llamada Sofía Troubetzkoy. En la esquina de Alcalá con el paseo del Prado se encontraba desde tiempos de Felipe IV el palacio de Alcañices. José Osorio y Silva, marqués de Alcañices y propietario del inmueble, contrajo matrimonio con la mencionada Sofía Troubetzkoy, que pronto se convertirá en una persona muy influyente entre la alta sociedad madrileña. Ambos eran abiertamente defensores de la casa de Borbón, por lo que acogieron con disgusto la proclamación del nuevo monarca, Amadeo de Saboya, que era de origen italiano. Para protestar por la llegada de los nuevos monarcas, Troubetzkoy —toda una *influencer* de la época— consiguió congregarse a varias aristócratas, que se pasearon luciendo la clásica mantilla española, un elemento en desuso que mostraron a modo de repulsa por la venida del nuevo rey foráneo. La protesta pacífica y silenciosa tuvo lugar

La cuesta de la Vega en el siglo XIX

Archivo Ruiz Vernacci, IPCE

los días 20, 21 y 22 de marzo de 1871 en el paseo del Prado. La repercusión de aquel incidente da buena cuenta de la gran influencia que ejercía esta mujer entre sus contemporáneas. Un año antes de aquella protesta —que sería conocida con el nombre de *la rebelión de las mantillas*— la princesa quiso instaurar en su nueva residencia madrileña una tradición que en su país natal era muy común, pero que en España no estaba todavía arraigada. Así pues, a finales de diciembre de ese año la princesa decoró un abeto con motivos navideños y lo instaló en un lugar visible del palacio para que toda persona que fuera a visitarlos pudiera verlo. Ya sabemos que la Troubetzkoy tenía facilidad para marcar tendencia. Pronto, como era de esperar, otras aristócratas decidieron imitarla y colocaron sus respectivos abetos en sus propias casas. Al año siguiente volvieron a hacer lo mismo y otras personas también se animaron a colocar el suyo en sus hogares, por lo que a partir de ese momento se empezó a extender en Madrid la tradición de colocar un árbol decorado por Navidad.



Cuenta la leyenda que cuando en el año 1085 las tropas de Alfonso VI de León entraron en Madrid, se produjo en la cuesta de la Vega el hallazgo de una imagen de la Virgen que había permanecido oculta durante siglos en la muralla. De acuerdo con el relato legendario, al pasar por allí el rey en busca de la mencionada Virgen, se derrumbó parte del muro, dejando al descubierto la talla, flanqueada por dos velas, que todavía permanecían encendidas desde que fueran prendidas por quienes escondieron la imagen en el siglo VIII. En ese mismo lugar se instaló

una hornacina con una reproducción en piedra de la talla para rememorar el hecho. Según la teoría del arabista Jaime Oliver Asín, al haberse hallado dentro de la almudayna —«ciudadela» en árabe—, aquella Virgen recibió como nombre una adaptación del término de época islámica que habrían dado los cristianos al recinto amurallado. La talla original, hallada, según la leyenda, en el interior de la muralla pasó a ser la patrona de Madrid y recibió el nombre de esa antigua ciudadela islámica: la Virgen de la Almudena.



La Puerta de Toledo en el siglo XIX

Archivo Moreno, IPCE

Madrid nace como un recinto amurallado en el siglo IX y hasta finales del siglo XIX continuó siendo una ciudad cercada. La última de esas cercas fue la que mandó construir Felipe IV hacia 1625. En sus puertas se establecían puestos para controlar el abastecimiento y para prevenir contagios o evitar posibles epidemias. Esta limitación representó una paralización del crecimiento natural de la ciudad. Durante los siglos XVIII y XIX se construyeron puertas monumentales, como la de Alcalá o la de Toledo, que se incorporaron al recinto cercado. En 1868, con el triunfo de la Gloriosa Revolución, que supuso el destronamiento y exilio de Isabel II, se derriba la cerca de Felipe IV casi en su totalidad, aunque todavía se conservan algunos restos, como los de la Ronda de Segovia, junto a la Puerta de Toledo. La Gloriosa Revolución no sólo supuso la expulsión de la dinastía borbónica en la figura de Isabel II, sino también la apertura de Madrid y del parque del Retiro, que hasta entonces había sido de uso y disfrute exclusivo de la corona.